

ALFAGUARA



Hernán Valdés

La historia subyacente



Índice

[Portada](#)

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Como prólogo](#)

[Propósitos de este informe](#)

[Mr. Hache despierta en Richmond](#)

[Conversación sobre la historia en un hotel de Bayswater Road](#)

[El anfitrión de Richmond](#)

[El cuaderno](#)

[El nombre](#)

[El encuentro con Mrs. Webb](#)

[La flora y la fauna](#)

[En casa de Mrs. Webb](#)

[Los habitantes](#)

[El viaje a Wolverhampton](#)

[En casa de Roy](#)

[Aparición de Fox](#)

[Las guerras de intronización](#)

[El reino de Wulfruna y de Mr. Quimby](#)

[En casa del matrimonio Webb. Conclusión](#)

[Un testimonio olvidado en la penumbra](#)

[La historia del pirata Hugh Vester](#)

[Suspicias](#)

[Deliberadas omisiones](#)

[El fraude del tiempo libre](#)

[El aporte del arf a la industria y el progreso](#)

[Desaparición del pórtico](#)

[Aporte del arf a la industria y el progreso](#)

[La invitación de Mr. Quimby](#)

[Indiscreciones de Roy](#)

[Del auge al ocaso del raticida](#)

[La velada de Mr. Quimby](#)

[Informe del viaje postergado](#)

[Los falsos pasajeros](#)

[La rutina matrimonial](#)

[De la explosión vegetal en Inglaterra al despertar patriótico en Ansilania](#)

[La desaparición del cuaderno y la invitación de Brigitte](#)

[Transcurso del lunes. La invitación de Ángela](#)

[Transcurso del martes. La invitación de Mrs. Quimby](#)

[Transcurso del miércoles y del último siglo de la historia](#)

[Transcurso del jueves](#)

[Último siglo de la historia. Conclusión](#)

[Mrs. Webb encuentra el cuaderno](#)

[Transcurso del jueves](#)

[El reflejo de los hechos en la prensa](#)

[Transcurso del jueves](#)

[Transcurso del viernes. Consumación del complot](#)

[Una comunicación de Mr. Sharp](#)

[Glosario](#)

[Hernán Valdés](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

Como prólogo

Si uno pretende, en una novela, tratar el espinoso tema de los embellecimientos o falsificaciones de la historia y discutir el sensible asunto de los fundamentos de la identidad nacional derivados de aquél, uno debe necesariamente trasponer las situaciones en el terreno de la ficción y, para no aburrir al lector, uno debe acomodarlos en una trama divertida que cautive su expectación. Es lo que intenté hacer con *La historia subyacente*.

Aunque las alegorías de esta novela no se refieren exclusivamente a Chile, sino más bien a tantos países ex colonizados, en aquellos años de ferviente adhesión de la solidaridad internacional, en que no había lugar para el humor, un par de editores españoles consideraron que eran un "mensaje desmoralizador para el pueblo" en momentos en que había que afirmar sus valores morales. Olvidaban que esos valores (identidad, símbolos, etc.) les habían sido inculcados en buena parte por las clases dominantes.

En fin, el libro fue publicado solo en alemán, recibiendo una buena acogida.

No insistí y por mucho tiempo olvidé el asunto. Habiendo cambiado los tiempos y los ánimos, pero no las condiciones que motivaron su escritura, me pareció recientemente que muchas de las afirmaciones de la novela seguían siendo válidas y que, sobre todo, el desarrollo de su trama seguía siendo tan interesante como la de una buena novela de aventuras. Así, me puse a hacer una revisión total del texto, una buena limpieza y un ajuste de los mecanismos de suspenso. Espero que el resultado lo justifique.

H. V.
2007

Propósitos de este informe

Mi nombre, por razones que parecerán obvias, no debe ser conocido. Fui enviado hace unos meses a Inglaterra con la misión de abrirme paso por cualquier medio hasta las secretas fuentes documentales del pasado, a fin de refutar, de una vez para siempre, la historia de Ansilania. Sabíamos que otros, solitarios buscadores de la verdad, me habían precedido en este intento, convencidos de que un pueblo con la memoria falsificada siempre luchará inadecuadamente por su libertad; y, más aún, persuadidos de que en el caso de una eventual victoria no podrá sino reproducir, de otra manera, el mundo de sus opresores. Y no ignorábamos que en la empresa por demostrar la falsificación, muchos de esos incautos soñadores perdieron o arriesgaron la vida. Mi primer paso consistió pues en visitar a Mr. Hache en la prisión de Wormwood Scrubs, condenado por atentado a la propiedad pública y preparación de un acto terrorista.

Como tantos hombres y hechos incómodos para la realidad oficial, Mr. Hache había sido, hasta hace poco, relegado al olvido. Para nosotros era un poeta nostálgico e incluso algo anacrónico, de modo que su inusitada hazaña nos dejó perplejos. Pero no solo se trataba de llevarle unas palabras de aliento. Debía comprobar hasta qué punto era efectivo que, antes del atentado, Mr. Hache había hecho importantes descubrimientos y escrito una nueva versión de nuestra historia. Rumores en ese sentido nos habían llegado a quienes, sin tomar sus actividades muy en serio, compartíamos su malestar por la indiferencia de la oposición en este tema. Pero no me fue fácil conseguir que Mr. Hache hablara.

Necesité semanas para vencer su desconfianza ante la simple evocación del asunto y para abrir una brecha en el desencanto que sus pasados propósitos demixtificadores le merecían. Mi primera sorpresa fue oírle decir que el delito por el que ha sido condenado y por cuyo misantrópico coraje le aplaudimos, no era obra suya, sino consecuencia de una confabulación de los agentes de Ansilania y la corporación británica que explota nuestras materias primas. Desde el momento mismo de su llegada a Londres, todos los actos de Mr. Hache, incluso los más íntimos, habrían sido estimulados y orientados desde afuera, de modo que conformaran, hasta el último instante de la consumación del asalto, una sólida red de evidencias acusadoras. Así, de forma limpia, empujando a su víctima a la propia perdición, dejando su condena en manos de la propia justicia, los conspiradores contaban con apoderarse de los escritos de Mr. Hache y descalificarle para cualquier intento de proseguir, algún día, sus investigaciones y denuncias. El azar, sin embargo, frustraría una parte de ese plan.

Solo cuando Mr. Hache me vio persuadido de su total inocencia en este delito, resuelto a esclarecer un malentendido que le enfada, pues ha hecho de él un héroe contra su voluntad, solo entonces me reveló la existencia del cuaderno y me sugirió la posibilidad de que Mrs. Webb lo hubiera conservado. Hay que agregar que en esta decisión también pesó mucho el hecho de que yo le dejara entrever el doble alcance de mis intenciones en una eventual reapertura de su caso.

Muchas cosas debieron pasar antes de que Mrs. Webb resolviera admitir ante mí la posesión del cuaderno: el incendio criminal de su casa en Gipsy Hill, donde podría haber sido destruido; disparatados robos de documentos en la organización donde ella trabaja; el encuentro lento y penoso de la resignación tras la muerte trágica de su marido; y, en fin, la presunción, tardía, de que bien pudo haber sido usada para turbar sensualmente a Mr. Hache, al igual que otras personas. Pero no fue sino después, como consecuencia de su conflictiva reconciliación con Mr. Hache y tras

el nacimiento entre ella y yo de una sincera amistad, cuando Mrs. Webb se decidió a mostrármelo y por último a confiarlo a mi cuidado.

El cuaderno no solo contiene las pruebas de la ignorancia más cabal por parte de Mr. Hache del delito que habría de cometer y que le ha valido diez años de cárcel; contiene además casi todos los indicios de la conspiración a la que él ha aludido en nuestras conversaciones en la prisión: una red de ocasiones y solicitudes aparentemente inconexas e inocentes que tuvieron por objeto guiar sus pasos hacia la ejecución de un acto que debería tener el perfecto semblante del cálculo y la deliberación. Pero aún me fue necesario brindar a Mrs. Webb un sostenido apoyo moral para que diera el paso más valiente y, en suma, el más generoso de todos: esto es, para que me autorizara a entregar el cuaderno a la justicia por intermedio de Mr. E. Sharp, nuevo defensor de Mr. Hache, quien ya ha solicitado, con éxito, la revisión de su caso, sobre la base del descubrimiento de nuevas evidencias; y, en fin, para que me autorizara a efectuar su publicación.

Esta debe cumplir una doble finalidad. La primera consiste en formar en la opinión pública la convicción en la inocencia del encausado.

Mr. Hache fue detenido hace cerca de un año, en el paso bajo nivel inmediatamente anterior a la estación de Watford Junction, cuando al volante de un furgón Austin, sustraído en la misma mañana, se disponía a huir con el producto del robo del Intercity Wolverhampton-Euston de las 10:30: dos cilindros de Arf B, un gas neurotóxico producido por Gurney Corporation, de Wolverhampton. Unos minutos antes, y en el instante mismo en que Mr. Hache habría irrumpido en el vagón postal y reducido a los vigilantes, de acuerdo a las declaraciones de éstos, presuntos cómplices que no serían jamás hallados habían detenido el tren justo sobre el viaducto, manipulando el sistema de señalizaciones, y habían aparcado el furgón al borde de la calzada del paso bajo nivel. Alertada por un denunciante anónimo, la policía acudió casi simultáneamente al lugar de los hechos.

La circunstancia de que aquel gas paralizante formara parte de entregas clandestinas y regulares de Gurney Co. al gobierno ilegítimo de Ansilania, transgrediendo así la prohibición del gobierno de S.M. de suministrar material bélico a dicho país, no sirvió mayormente para atenuar la culpabilidad de Mr. Hache. Las evidencias parecían contundentes: detención en flagrante delito; posesión de un arma con la que había efectuado numerosos disparos contra la policía, hiriendo a uno de sus perros favoritos; testimonios de los empleados ferroviarios e incluso de algunos pasajeros; premeditación, pues semanas antes había sido visto y fotografiado, espionando el recinto de Gurney Co.; la semana anterior había sido observado viajando en ese mismo tren y a la misma hora, presumiblemente para estudiar el terreno; dos días antes había despachado sus maletas a Londres, lo que se interpretó como un claro intento de preparación de la fuga, y el día previo al asalto había pernoctado en un hotel de Wolverhampton, en vez de hacerlo en el propio domicilio, etc.

La cerrada negativa de Mr. Hache a reconocer su palpable culpabilidad, su insistencia en dar a cada uno de sus actos una explicación incompatible con las evidencias, sin aportar la menor prueba en su favor, solo sirvieron para hacer más difíciles las cosas a su defensor de entonces. ¡Pero qué distinto podría haber sido todo si el domingo anterior Mr. Hache no hubiera olvidado su cuaderno en casa de Mrs. Webb! O más bien dicho: si el cuaderno así felizmente olvidado, para desgracia de los conspiradores, no hubiera contenido alusiones íntimas y vergonzantes que impidieron a Mrs. Webb entregarlo a la justicia.

Pues el cuaderno, aun sin contener el relato de los decisivos acontecimientos de la semana siguiente, habría demostrado que las preocupaciones de Mr. Hache eran absolutamente ajenas a su crimen. Y todavía más: que fueron precisamente esas preocupaciones las que determinaron la urdimbre del complot que lo llevaría a la cárcel.

¿Por qué, siendo así, Mr. Hache no reveló, ni durante los interrogatorios policiales, ni durante el proceso la existencia

del cuaderno? ¿Por qué la propia Mrs. Webb no lo entregó inmediatamente a la justicia?

Hay que decir que Mr. Hache sacrificó su honor y su libertad por discreción. Por un delicado respeto a Mrs. Webb, ya que partes importantes de sus anotaciones consisten en transposiciones de la relación con ella y su marido, en ensañaciones eróticas que, siendo tal vez admisibles como expresión artística, cuyo buen o mal gusto queda a juicio del lector, en manos de la policía o de la justicia habrían ocasionado penosas consecuencias para las personas aludidas.

En lo que respecta a Mrs. Webb, no cabe la menor duda de que el silencio le fue impuesto por el pudor. Quienes examinen las lúdicas figuraciones de Mr. Hache acerca de su intimidad con la pareja, se darán cuenta de los conflictos que debió vivir Mrs. Webb, confrontada al hecho de que la salvación de su desdichado amigo implicaba no solo la propia vergüenza, sino también el escarnio sobre la memoria de su difunto esposo.

Solo el tiempo ha sabido resolver esta lucha entre el pudor y la piedad. Solo el tiempo, y la relatividad que él confiere a las cosas, podía lograr que el ánimo de Mrs. Webb se inclinara finalmente por la conveniencia de que se haga la verdad. Pero si Mrs. Webb asume hoy el riesgo de someterse a la suspicacia y al descrédito, lo hace confiada en que el lector y la justicia interpretarán aquellas partes del texto que la conciernen solo como el producto de la imaginación atormentada de un poeta.

Originalmente, el cuaderno tenía la finalidad exclusiva de desenmascarar la historia de Ansilania y de narrar la verdadera. Sin embargo, la soledad, en un ambiente extraño, y sus comprensibles apremios confidenciales, llevaron a Mr. Hache a entremezclar su texto con anotaciones de sus estados de ánimo, observaciones de las experiencias de su vida diaria y, como queda dicho, con ficciones.

Quedará claro, espero, que la narración de los hechos que preceden al momento de la adquisición del cuaderno, así como la de aquellos ulteriores a su extravío, son fruto

de mis prolongadas conversaciones con Mr. Hache en la prisión de Wormwood Scrubs y, separadamente, con Mrs. Webb, y que no excluyo que algunos detalles, particularmente los de carácter subjetivo, estén ligeramente alterados por mi propia subjetividad.

Llegamos así a nuestro segundo y más ambicioso propósito: dar al lector, inglés y ansilanio, la información indispensable para juzgar si la historia de Ansilania, según la versión intentada por Mr. Hache, tiene algún fundamento y, en consecuencia, facultarle para reconsiderar la versión oficial.

Cierto, son anotaciones inconclusas, que su autor no llegó a elaborar y cuya parte final yo mismo he resumido, ateniéndome al proyecto que entonces tenía su autor y que también, desilusionado, me ha confiado. Sus conclusiones son a menudo precipitadas, pero aun así dan una idea del embrollo de nuestra identidad nacional.

Expreso mi admiración por la valentía con que están dichas algunas verdades amargas, pero, al mismo tiempo, debo dejar constancia de mis reservas sobre diversos episodios, cuyo acaecer no parece suficientemente demostrado. Asimismo, quiero adelantarme a compartir con el lector un cierto desconcierto por ese estilo pretendidamente magistral que Mr. Hache parece haber considerado el más adecuado para tratar una disciplina ajena a sus competencias.

Dicho esto, creo que el lector ya habrá advertido de qué manera la suerte me conduce a servirme –por el momento– del recurso más impensado para el cumplimiento de mi misión: la legalidad. Puesto que la defensa de Mr. Hache deberá poner en evidencia los móviles de quienes quisieron atribuirle un crimen, nuestra ocasión salta a la vista: usaremos el foro más incuestionable por nuestros enemigos para convertir la revisión del caso Hache en el proceso de la historia de Ansilania.

Hela aquí, entremezclada, como he dicho, con las anotaciones íntimas de Mr. Hache y precedida de mi relato de los sucesos anteriores a la adquisición del cuaderno.

Mr. Hache despierta en Richmond

Mr. Hache despierta sobresaltado por una presencia: siente la mano tibia y blanda sobre su hombro desnudo, abre los ojos y reconoce el cuarto extraño, los antiguos muebles lustrosos, las pulcras cortinas, el olor exótico de una cierta elegancia, la figura inclinada ante él, que tarda aún en identificar con Bob. Hace un esfuerzo para dar en el blanco y meterse en la correcta apariencia del otro que uno debe ser al salirse de un sueño y ve en efecto a Bob, vestido con una bata carmesí que le llega hasta las rodillas; ve sus piernas ridículamente blancas, como las de un ternero recién desollado, e incluso advierte que mantiene en el aire una bandeja. Se incorpora maquinalmente, entre molesto y agradecido.

–Te he traído una taza de té. Early morning tea –le dice Bob, con una voz llena de precauciones, como para no asustarle, y dejando la bandeja sobre el velador va a descubrir las cortinas. Entra una luz brillante, boreal. Bob regresa y se sienta al borde de la cama.

–¿Has dormido bien?

–No muy bien –responde Mr. Hache, disimulando su agresividad–. Me cuesta acostumbrarme a las camas extrañas.

Bob se excusa de haberle despertado, pasa una mano por sus cabellos y Mr. Hache hace un tímido movimiento de rechazo, incomodado por sus maneras maternas. La bata de Bob se ha entreabierto, descubriendo sus rodillas redondas y lampiñas. Le alcanza a Mr. Hache la taza de té y éste la recibe, anticipando mentalmente la repugnancia

que le inspira ese brebaje solitario como primer contacto sensual con la mañana.

—A mediodía tengo una reunión y antes hemos de ir a comprarte otro pantalón y ropa interior —le explica Bob—, así que debí despertarte. Mientras te bañas prepararé el desayuno.

¿Por qué pues esa taza de té, si luego van a desayunar? ¿Es que no podría ir él solo a comprar la ropa? Mr. Hache no lo pregunta y, por cortesía, se lleva el líquido a los labios, utilizándolo para enjuagarse la boca. Pero Bob sigue a su lado, sentado ahora al borde de la cama, una mano afirmándose en la pierna de Mr. Hache, la otra atenta, cuidando que éste no derrame la taza. ¿Por qué no se va pues a preparar el desayuno? ¿Por qué se queda ahí, mirándole con esa ternura que en nada se corresponde con su corpulencia, con su gran cabeza de sapiente bebé e ilustre profesor de letras y estudios ansilenses de la Universidad de Londres? A Mr. Hache no le gusta, entre otras cosas, ser observado por un extraño luego de despertarse, por mucho que éste sea su anfitrión y por mucho que deba estarle agradecido. Pero no sabe cómo decirle que le deje solo para levantarse sin parecer descortés, y de pronto se le ocurre que podría bastar cualquiera expresión indeterminada de su cara, cualquiera mirada ambigua, propia del despertar, para que Bob interpretara su conducta de acuerdo a un código de significaciones precisas y misteriosas y en consecuencia decidiera meterse en la cama junto a él. Se descubre en el estúpido gesto de sujetar el borde de las mantas, piensa, tenso y desconcertado, qué podría hacer en el caso de que tal cosa sucediera, qué movimientos, qué palabras podría interponer que no fueran ni equívocos ni desmesuradamente escandalizados para no echarlo todo a perder, pero Bob se da cuenta de su embarazo, o Mr. Hache cree que se da cuenta, y con una sonrisa que puede ser de piedad, y que si es de piedad se presta a interpretaciones diversas, recoge la taza de las manos de su huésped y le invita a apresurarse para pasar al baño.

Bajo la ducha, con los ojos cerrados, como siempre le ocurre, su memoria efectúa un repaso de las situaciones que ha vivido precedentemente, a fin de que él sepa en qué punto de la realidad se encuentra. Ante todo, le reproduce las partes más impresionantes de la cinta video que Bob le ha mostrado la tarde anterior, poco después de su llegada a la casa; esas imágenes de la televisión ya famosas en todo el mundo, cuyo protagonista ignorante ha sido el propio Mr. Hache, pero que hasta entonces él mismo no había podido ver, primero ocupado en reconocerse a sí mismo como un hombre salvado de la muerte, durante aquellos largos días del viaje hacia Inglaterra, después en sustraerse a su calidad de objeto en disputa de periodistas e instituciones caritativas rivales, hasta el momento feliz en que Bob tuvo la ocurrencia de rescatarle del asedio. Pero uno debe tener en cuenta que la memoria de Mr. Hache da por sobreentendido todo el contexto informativo sobre las circunstancias históricas y anecdóticas en que se articulan sus imágenes, puesto que no las proyecta sino para reajustar su conciencia, desperdigada por el sueño, a la realidad del nuevo día, y que estas operaciones puramente confidenciales exigen poner las cosas en su lugar.

Sospechando pues, más que los propios Afus[*] y sus medios informativos, que algo iba a pasar, que el Pacto de los Cien Años podría ser violado en el último instante, como todo lo hacía temer, los enviados de una cadena de la televisión británica habían echado el ancla de su navío a buena vista de los roídos acantilados de Ansilania, con sus cámaras listas para captar lo que pudiera ocurrir. Así que la memoria de Mr. Hache, al repetir ahora la filmación, le va mostrando, con la morosidad que él desee, a contraluz del día naciente, la dimensión colosal del muro que oculta y es, al mismo tiempo, el país. Arriba, en lo más alto del cielo, los primeros resplandores del sol frisan los bordes, en tanto que la base, hundida todavía en la penumbra, parece nacer de las propias olas. Poco a poco distingue las casas de los Afus colgando en toda la verticalidad del muro como jaulas, unas encima de las otras, conectadas por frágiles esca-

leras, adornadas con banderas y lienzos en la víspera de su ascensión al poder por primera vez en la historia y en la inmensidad del tiempo, ve las calles verticales con sus ascensores todavía quietos, las manchas amarillas de unas arfas raquílicas en una plaza, que es un rectángulo con pasarelas a distintos niveles, pero no logra reconocer su propia vivienda.

Los reflejos del sol en el mar iluminan poco a poco las bases del país. En realidad, uno descubre que la ciudad de los Afus, vista de lejos, es una especie de gran gobelino en relieve, un enorme friso, la cara de una gran mole ortogonal que se adentra en el océano; el resto del país ha sido carcomido por las máquinas y apenas se divisa al fondo.

Una iglesia, cuya torre apunta hacia el horizonte, esto es, hacia la cara del espectador, echa a volar sus campanas.

Entonces, del interior de la tierra invisible surge el tronido múltiple de los aviones. Los aparatos sobrepasan el borde del muro y en un instante, al acercarse al barco invierten la dirección y volando paralelamente a la ciudad vertical, comienzan a disparar. Los cohetes estallan como fuegos de artificio en la penumbra de los acantilados, como puros efectos pirotécnicos en una pantalla gigantesca, pero pronto el resplandor revela que las casas se incendian por millares y que, envueltas en llamas, arrastrando en su caída calles enteras, se precipitan en el océano. Se levantan olas descomunales, el barco cabrillea y la visión da saltos, todo el muro está ahora en llamas y arriba se oye el repiquetear de la metralla que da cuenta de los fugitivos. Entonces, avanzando milagrosamente intacta entre leños que todavía siguen ardiendo sobre las olas, aparece una casa que se aproxima al barco espía de los periodistas. Alguien, como escandalizado de haber sido despertado con tanto estrépito, mira por la ventana: es Mr. Hache. Mr. Hache se reconoce ahora con simpatía y cierra el grifo de la ducha, que también cierra el juego de su memoria. Medio mundo le ha visto así, medio mundo ha presenciado, conmovido, los menores detalles de su salvación, pero su fama, así como la